

FFRAN-COI ¡Fra-ncol ¡Fren-col”.

Traigo aquí el grito. Y lo traigo fresco. Lo digo para que no crea el avieso lector que voy a servirle una crónica amojamada o hablarle de sonas para después de una guerra. Que no está el hombre para retrospectivas, aunque bien podría estarlo, porque durante dos días uno ha estado acampando en los años cuarenta o cincuenta, a remolque de los discursos de los siete infantes de Franco. Sonó el domingo. Me refiero al grito. Ese que no se apeaba nunca de los titulares de primera plana y que, indefectiblemente, se acompañaba del subtítulo: “La multitud, enervorizada, aclamó al Caudillo”. ¿Le suena? ¿Remoto? Pues sonó el domingo, y sonó enervorizadamente. En Madrid, a 6 de marzo de 1977.

El Palacio de Congresos que albergaba el de Alianza Popular, se transformó por unos momentos en la plaza de Oriente de los buenos tiempos. Nos rejuvenecimos todos un montón, hasta los jóvenes, que algunos había entre los casi tres mil franquistas que llenaban los dos grandes auditorios, comunicados entre sí, del Palacio. Si no estaban allí todos sus efectivos, los franquistas deben ser un montón. En todo caso, los que allí había no tenían pinta de haber sido llevados a golpe de dieta y bocadillo.

Para López Rodó, el refrescante grito fue “una agradable sorpresa”. Así lo dijo a quien en la rueda de prensa que cerró el Congreso le preguntó si después de haber oído el grito podía seguir manteniendo lo que había dicho recientemente en TVE. En TVE, López dijo algo tremendo. Dijo que el franquismo había muerto. El señor López aclaró a su interrogador que él se había referido únicamente al sistema político conocido con ese nombre, no a Franco.

Nunca congreso alguno ha producido más decibelios que el de los aliados populares. Gritos y ovaciones se sucedieron ininterrumpidamente, como signos de puntuación, a cada frase. Los aplausos se producían automáticamente y como por ensalmo ante la menor alusión a Franco y ante los repetidos, obsesivos, martilleantes ataques al comunismo, al separatismo y, en menor escala, al Centro Democrático, en general, y a Arelliza y Cabanillas, en particular. Y como estos temas constituyeron una y otra vez el “leitmotiv” del congreso, y como eran siete los oradores, la gente salió con las manos rotas. El pupitre del micrófono por donde iban pasando los oradores se convirtió en un teatrillo de cachiporra, y mientras más se apuntaba a la irracionalidad y más se vapuleaba, más aplaudían a rabiar. Es una gente que tiene el aplauso fácil y la cólera pronta, esta de Alianza Popular.

El eurofascismo

El Congreso fue una antología de frases.



Con Fraga, el franquismo no naufraga.

DE FRANCO A FRAGA

MIGUEL SALABERT

Los discursos de los invitados extranjeros que se trajo Fraga, todos de segunda y tercera fila, constituyeron una réplica eurofascista a la “cumbre” eurocomunista. Uno de ellos, Vittorio Pons, dijo que este Congreso “ha dado una respuesta española a la reunión eurocomunista”. Sir John Rogers se ganó la consabida ovación al decir que “Franco habla traído prosperidad a la Patria”. En un discurso sumamente pintoresco, lord St. Oswald, antiguo corresponsal del “Daily Telegraph”, en la guerra de España y testigo de “la llamada de patriotismo que alumbró”, dijo: “Lo que queremos ver aquí es un Gobierno de centro-derecha”. La frase de sir Oswald, miembro de la Cámara de los Lores y del Parlamento europeo, me hizo mirar con inquietud a Ruiz

Gallardón, que estaba presidiendo la mesa del Congreso, frente a la de los siete. ¿Calificaría Ruiz Gallardón esa frase en “ABC” como una injerencia? Ruiz Gallardón no se inmutó. Habrá que mirar en “ABC”.

Thomas de Carranza actuó de telonero en la maratónica sesión de discursos de clausura. Thomas es el parlante pobre de Alianza Popular. Quizá le venga de eso su tristeza y su pesimismo. Trazó un cuadro verdaderamente catastrófico de la situación. Oigámosle: “Estamos en una situación lastimosa y que va a traer mayores males... Hay una crisis de autoridad. Se producen reuniones ilegales. Se hace propaganda comunista y anarquista. Se infiltran subversivamente en la Iglesia y en todas partes. Se calumnia al régimen de Franco, olvidando el

gigantesco salto que dio”. (La ovación ritual impidió que su voz se quebrara en un sollozo, pues estaba a punto de ello, o al menos, así me lo pareció.)

Pues, ¿y la prensa? “Tendremos que luchar —dijo tristemente Thomas— contra la mayor parte de una prensa cuyo tono es protestatario, rupturista, disolvente e izquierdista”.

Los de la prensa, encogidos, no sabíamos dónde meternos.

Pero si malo es el presente peor es el futuro para Thomas: “Disfraces de mansos corderos cubrirán los más torvos propósitos...”.

Lo más extraordinario es que antes de abandonar tristemente el micrófono, Thomas calificó a Arelliza y a Ruiz-Giménez de extremistas, pues era a ellos a quienes aludía claramente al decir que los extremistas son los que dan sus extremidades superiores (la mano, dijo él) a los comunistas. Y en la víspera había dicho: “quien comparte su mesa con el comunismo, nos lleva al caos”.

Martínez Esteruelas —el pico de oro, como dijo un congresista que estaba a mi lado— aprovechó que le había tocado en el reparto de papeles hablar de la economía para elevar un himno a la propiedad privada, tema éste que suscitaba automáticamente ovaciones de mayor densidad aún que las dedicadas a la memoria de Franco. Un escalofrío recorrió las espaldas de la Asamblea cuando Martínez, apuntándola con un gesto teatral y con un índice terriblemente eficaz, dijo: “Preparaos para la reforma, porque el que no quiera la reforma tendrá la revolución”. Lo dijo así Cruz. Cristo no lo hubiera dicho de otro modo. Por cierto, que allí se habló de Cristo tanto o más que del comunismo, puesto que los “vade retro” se acompañaban automáticamente siempre de una procesión de valores del humanismo cristiano.

“Que sepan los pequeños y medianos empresarios que estamos con ellos”, dijo también. ¿Desde cuándo?, se preguntarán seguramente éstos. Martínez estaba también con los campesinos. En Alianza Popular todos están con los campesinos, todos denuncian en el campo español a la gran víctima que habrá de redimir... si vuelven a ser ministros.

Esteruelas había dicho que los ataques de la prensa a AP habían acabado por favorecerla. Y dijo que se atacara sistemáticamente a AP, “porque ha sorprendido a todo el mundo, porque todos esperaban que a la muerte de Franco, nos escondiéramos como ratas, y aquí estamos”.

Allí estaban.

López tiene las manos limpias

Con su ardor de cruzado de la fe, Laureano arremetió contra dos te-

mas: el federalismo y el comunismo. Del primero habló con cierta calma, pero el segundo le sacó de sus casillas y le contrajo el rostro en gestos violentos. O, tal vez, es que le apretara demasiado el cilicio. Lo cierto es que, por inadecuada que pueda ser la expresión aplicada a quien como él es calvo, López se desmelenó literalmente. Escuchémosle: "El Partido Comunista cree que al pueblo español se le puede embaucar como si fuera un niño, que se le puede atraer como a Capercita Roja... ¿Es que alguien se cree de verdad que cuando dentro de unos días tengamos en Madrid a 'La Pasionaria' habrá venido para reunirse con todas sus camaradas en el parque del Retiro para echar miguitas de pan a las palomas?...". Atacó al Gobierno "por su actitud vergonzante de lavarse las manos y endosarle la papeleta al Tribunal Supremo" —de la legalización del PCE— y por la situación económica. Nos sorprendió al afirmar —¡a buenas horas!— que el "pluralismo político es un valor irrenunciable".

"En todo lo que hemos hecho al servicio de España bajo el mando de Franco no tenemos nada que disimular ni nada de que avergonzarnos. Tenemos las manos limpias".

Los periodistas estamos ya acostumbrados a ser abucheados por los partidarios de AP. Lo que resultó nuevo, totalmente inédito, fue verles y oírles abuchear a TVE y pedir a voces airadas la expulsión

de sus reporteros del local. Fue Fernández de la Mora quien lo consiguió al denunciar que "mientras los hombres de la ruptura y del cambio de chaqueta consumen horas en la TVE, hoy nos han anulado la emisión que estaba concertada con cinco presidentes de AP". El señor Fernández se refería a Areilza, cuya entrevista televisada en la víspera, en pleno Congreso de AP, les había sentado como una puñalada traspera.

Después de la rueda de prensa, Fraga protagonizó un incidente con un periodista, al manifestar éste su sorpresa de que AP atacara a TVE cuando por sus cámaras están desfilando incesantemente sus cabezas de serie. Fraga dijo que eso había sido el mejor rasgo de humor del Congreso. "Si usted cree que es así, pues para usted la perra chica". "Se la regalo a usted", le respondió el periodista. "Se la acepto, porque a Alianza Popular le hace falta dinero", respondió Fraga, superando así el mejor rasgo de humor del Congreso. Por lo visto, los mil millones de subvención dados a AP por la Banca no les bastan. En el vestíbulo del Congreso expendían bonos electorales por valor de mil pesetas, "que no devengaban intereses".

Silva Muñoz salió dispuesto a todo para no sacar menos aplausos que Fernández de la Mora. No pudiendo competir con éste en el manejo del trémolo, usó la ironía. Los

resultados sobrepasaron sus esperanzas, pues a las ovaciones que rubricaron su intervención se sobrepuso un flamear de pañuelos en petición de oreja. Tal vez fuera la de don Marcelino, el ministro de Asuntos Exteriores, por los ataques que había dirigido a éste en forma veladamente transparente. Pues Silva habló de política exterior, lo que le dio pie a usar de la segura receta del anticomunismo, como todos. Llegó a decir algo tan sorprendente como que el eurocomunismo "es una nueva fórmula despachada por Moscú". Con Silva, y entre grandes aplausos, Alianza Popular dijo no... a Antonio Pérez y al coronel Riego.

Licinio se dejó allí la faringe al denunciar a grito pelado todo lo que no hizo cuando fue ministro del Trabajo. Licinio le dio ciento y raya en demagogia al mismísimo José Solís. Dijo que le indignaba verse acusado de reaccionario por personas que le atacaban en otro tiempo por considerar su política social muy avanzada.

El extraño grito de "Con Fraga, el pueblo no naufraga", coreado por todos antes de las cerradas salvas de "¡Fra-ga, Fra-ga, Fra-ga!", precedió a la intervención del jefe máximo, que debía clausurar el Congreso.

Fraga estuvo a la altura de sí mismo, como siempre. Y su discurso fue el de siempre, con las inevitables invocaciones al garrote del orden y la ley, las acusaciones a los



Silva Muñoz, o cómo usar la segura receta del anticomunismo.

autonomistas de querer llevarnos "al mundo tribal anterior a la romanización o a los reinos de taifa medievales", el llamamiento a la institucionalización de la Monarquía, etcétera. A notar, sin embargo, el imprudente deslizo que cometió con la Monarquía al decir esta desconsiderada frase para el Rey: "Una vez más, en la ejemplar actitud del pueblo español, muy superior a la mayoría de sus políticos, habría que repetir la famosa exclamación del 'Poema del Cid': 'Dios, qué buen vasallo si tuviera buen señor'".

La tensión patriótica a que había llegado la asamblea era ya tan grande que a uno le dio un infarto, interrumpiendo durante algunos segundos el discurso de Fraga, justamente cuando éste, inmisericorde, se disponía a atizar el fervor patriótico con una serie de jaculatorias que comenzaban con la invocación: "¡España, España, España!...".

A la salida se entregaba un formulario de encuesta que decía cosas como ésta: "¿Qué le gusta más de Alianza Popular? ¿Qué ofrece seguridad? ¿Qué es la continuidad? ¿Qué es el cambio dentro de la paz? ¿Qué es un partido de derecha? ¿Qué es un partido reformista?".

Salieron inflamados. Salieron de allí dispuestos a comerse las urnas y lo que haga falta.

Como el Cid, tan imprudentemente citado por Fraga, Franco sigue ganando batallas después de muerto. ■ Fotos: RAMON RODRIGUEZ.



La mesa presidencial del Congreso: Dispuestos a comerse las urnas o lo que sea.